

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 20 de Marzo de 1892.

Núm. 11.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

LA CRUZ MISTERIOSA

I.

Ya suenan las trompas llamando á los perros al descanso. El Sol ha llegado al cenit y el calor es insupportable. Vense reunidos los dispersos cazadores, cansados de la faena de aquella mañana, á la sombra de un árbol vetusto que extiende sus ramas sobre la orilla del camino.

II.

—Cuidad bien de coger al tiempo de marcharnos una de las piedras que forman ese montoncito y lleváosla para arrojarla lejos de aquí—decía el viejo Rodrigo á su amo el conde de Aranda, señor de aquellas tierras.—Y lo mismo recomiendo á todos vosotros—dijo dirigiéndose á la comitiva.

—¿Por ventura deseas emplearnos en trasladar montañas de un sitio á otro? ¿Por qué quieres que hagamos tal cosa?

—¿Cómo! —exclamó el viejo Rodrigo—¿no sabéis la historia de «La cruz misteriosa?»

—No—respondió el conde;—ésta es la primera vez que paso por tales lugares.

—Pues, si me permitís, yo os la contaré mientras descansamos. Será muy breve.

III.

—No hace mucho tiempo—empezó Rodrigo—era señor de estas tierras el virtuoso anciano marqués de Villalar, á quien para consuelo en los días de su vejez había Dios enviado dos hijos, hermosos los dos y los dos valientes. El mayor se llamaba Raimundo y el menor Carlos.

Vivía en el castillo que hay al otro extremo de este camino en que nos hemos detenido, una joven hermosa, pero tan hermosa, que, según cuentan, muchos fueron los que por ella se mataron en desafío. Sólo Raimundo era correspondido.

IV.

Las horas de la tarde pasaban alegres y dichosas para los amantes. Raimundo iba todos los días al castillo donde vivía Elvira, y de allí salían juntos y paseaban toda la tarde por el campo hasta que el Sol se ponía; entonces tomaban este camino y se dirigían al castillo donde vivía Elvira, no sin prosternarse al pasar por aquí ante la cruz de piedra que había en el sitio ocupado por ese montecillo.

V.

En una ocasión, la noche les sorprendió en el campo. ¿Que amante piensa en la hora de separarse de su amada? Tomaron precipitadamente el camino que conduce al castillo, y sólo se detuvieron al pasar frente á la cruz de piedra. Arrodilláronse ambos jóvenes y oraron. Cuando Raimundo fué á levantarse, sintió que algo frío penetraba en su pecho y cayó de bruceas, rompiéndose el rostro con la cruz. Elvira arrojó un grito angustioso, y al volver sólo pudo ver el brillo de un puñal y una sombra que se deslizaba rápidamente por entre los matorrales, y que se perdió en la profunda oscuridad de la noche.

VI.

Las mujeres olvidan pronto á los enfermos, y como fueron creadas para el amor, no pueden dejar de amar por mucho tiempo. Tal le sucedió á Elvira, que aunque Raimundo lo había sido todo para ella, no por eso dejó de sucumbir á las dulces y galantes palabras de Car-

los, tanto más cuanto que creía rendir homenaje á la memoria de Raimundo no amando á otro más que á su hermano.

Repitiéronse los paseos por el campo, aunque ya nunca pasaban por este camino cuando volvían, sino que tomaban otro mucho más molesto.

Una tarde, sin embargo, salieron al campo, y el cielo empezó á llenarse de nubes tempestuosas, de las que se apercibieron los amantes ya muy tarde. Fueron á retirarse por el camino de siempre, cuando sonó un trueno y una lluvia torrencial empezó á caer. No hallando refugio en ninguna parte, decidieron, después de muchas vacilaciones, marchar por este camino, que es el más corto y el que, sembrado de árboles, podía resguardarles algo del agua y del viento.

Pasaron frente á la cruz y se arrodillaron un instante. Cuando Carlos levantó la cabeza, vió que en aquella cruz había clavado un Cristo, un Cristo que tenía el mismo rostro de su hermano Raimundo, y vió brillar en su diestra un puñal, y que la mano se desclavaba, y lanzó un grito ahogado, cayendo á tierra en medio de un lago de sangre. Cuando Elvira al grito levantó la cabeza, sólo vió la cruz de piedra, y á sus piés á Carlos con una daga clavada en el pecho; una daga en cuyo puño creyó distinguir, á la luz de un relámpago, las siguientes palabras: «¡Al fratricida!»

VII.

A Carlos le enterraron en el mismo lugar en donde cayó, y desde entonces todo el que pasaba por este sitio arrojaba una piedra sobre su sepulcro en castigo de su crimen. Todas estas piedras han venido á formar ese montoncillo que veis.

